



Willy Uribe
El último viaje
del Omphalos

LOS LIBROS DEL LINCE
208 PÁGINAS
18,90 EUROS

personajes. ¿Había heredado algo de la literatura de choque de los Si-l-litoe, los Richardson y los Osborne? El caso es que fui de los que sin abandonar las cautelas, me dejé seducir por el desbordante talento de Zadie Smith.

Ha pasado el tiempo, once años, y entre medias Zadie Smith ha publicado un par o tres de libros más hasta llegar a este último que ha titulado *Londres NW*; es decir: no-roe de Londres, lo que significa el regreso de Zadie Smith, de la literatura de Zadie Smith, al núcleo familiar de Willesden, el territorio de apenas una milla cuadrada que la novelista transforma en un microcosmos poblado por razas, matices de piel, credos religiosos, luchadores y nihilistas, un gueto de tensiones en carne viva que parece contener las claves de un futuro sin excesiva esperanza y que, si uno bien lo mira, encoge el ánimo. Porque las tres familias y sus retoños sobre las que se levantaba *Dientes blancos*, son en el actual Lon-

Los más variados credos y razas configuran un gueto de tensiones en el Londres actual

dres WC un puñado de hombres y mujeres jóvenes, en la treintena, cuyo único afán es tratar de sobrevivir a toda costa. Algunos se rinden, incapaces de atravesar los límites del barrio y encontrar su espacio en una sociedad arrogante, introvertida, granítica aunque decadente, que no reconoce sus miserias y como en los viejos tiempos, como siempre, dice asumir la diversidad pero se niega a integrarla. Resulta fácil intuir que Zadie Smith, ciudadana de color si bien pasada por el filtro de Cambridge, sabe bastante sobre máscaras y

dobles de la sociedad inglesa.

Creo que eso sintetiza lo que razonablemente uno puede explicar de Londres NW, una estupenda novela en la que Smith lleva su libertad creadora a los límites que se siente capaz de alcanzar. Algo en verdad asombroso. Es como una explosión de formas y técnicas narrativas, de voces, colores y atmósferas sociales; un esquema abierto, por decirlo así, que a la vez se rebela contra los esquemas de la novela convencional y en su lugar crea un espacio propio, capaz de albergar la torrencial narrativa de Smith impulsada por la fuerza de los personajes que habitan la milla cuadrada de Willesden. Así esta obra de la que hablo, sin duda tan de ahora mismo, aparenta ser deudora de un concepto (o espíritu) anclado en las vanguardias estructurales y lingüísticas de los años sesenta –con insertos en forma de collage– que hoy nadie osa reivindicar. Zadie Smith parece necesitar imperativamente esa variedad de recursos formales y diseños (incluso tipográficos) para construir las múltiples piezas de un amplio y a la vez muy concreto puzzle humano. El lector deberá ocuparse de encajar las piezas que tengan encaje y seguir por su cuenta tras el final abierto que, con absoluta sensatez, la autora ha considerado le exigía el relato coral –pese al “casi” protagonismo de Natalie (Keisha) Blake y su amiga de toda la vida, Leah Hanwell– por su crudo realismo.

Creo que ha de resultar complicado traducir con relativa fidelidad la prosa feroz de Zadie Smith, mediatizada por los slangs que habla la gente de Willesden, y conservar su ritmo endiablado. De manera que mi reconocimiento a los traductores. Y a Zadie Smith por su hermosa y dura novela, concebida y desarrollada con el coraje de quien, en efecto, lleva a cabo un saludable ejercicio de libertad. |

El escritor Willy Uribe
JORDI ROVIRAITA

Novela Una historia marina, ambientada en 1986 en la costa de Guinea Bissau, compleja y llena de simbolismo pese a su aparente simplicidad

La gran madre dulce

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

El mar ha despertado siempre una atracción como espacio de hedonismo, aventuras y misterio. Ha estado presente en la pintura, en la música –de Debussy a Trenet o Fí-denco– y, por supuesto, en la literatura. Somos muchos los que nos hemos iniciado en la novela con Verne y con Salgari, y los que hemos entrado en la gran literatura de la mano de Conrad, De Foe, Hemingway o García Márquez para ahondar en la condición humana, en su necesidad de desafiar el peligro (las batallas, las tormentas, lo desconocido) para salir victoriosos o derrotados. Ninguna expresión más dramática que la del barco a la deriva, que pone a prueba la capacidad de sufrimiento tanto como la solidaridad; o la del naufrago, expresión absoluta de la soledad y de la necesidad de sobrevivir.

Esta pedante introducción ha sido necesaria para apreciar lo que encierra una novela como *El último viaje del Omphalos*, de Willy Uribe (Bilbao, 1965), tan compleja en su aparente simplicidad. En agosto de 1986, a la altura de Guinea Bissau, el motor del Omphalos dejó de funcionar “y el buque, empujado por la inercia y la corriente, navegó a la deriva hacia la costa”, para quedar atrapado en “la maldita línea del Ecuador”. La tripulación inglesa es rescatada por el gobierno británico, mientras que el gobierno español no mueve un dedo por los cuatro españoles que se han convertido en rehenes de las autoridades portuarias de “una isla selvática en forma de ataúd”. Torres, jefe de máquinas, el único ofi-

cial a bordo, decide permanecer en el barco “mientras uno solo de los marineros continuara retenido”. Le acompañan el servil Walter García, que echa de menos los momentos de sufrimiento; el cobarde Ramón Ríos; Julio Llano, asesinado de un disparo en la cabeza, “por no tener en cuenta mis advertencias”; y Roberto Nozales que, ante la foto de una mujer, sucumbe y huye a la isla para volver ya cadáver. La personalidad de Torres es la más compleja: ha estado en la cárcel y no abandona el barco por un genuino sentido del deber, pero también por soberbia y ambición y, sobre todo, por una razón más oscura que sólo descubriremos al final. A los cuatro tripulantes se añadirá un joven abogado, comisionado por el gobierno de España para proceder a la repatriación. Los tripulantes de la “isla flotante” se han convertido en rehenes de las autoridades de “ese pedazo de mierda con forma de fétetro” al mando de Marcel Lago, un militar profesional que ha sido castigado a pasar cinco años en aquel destino miserable. Lago decide utilizar el Omphalos como una forma de purgar la pena mediante el soborno.

El plan de Torres para salvarse y salvar a los suyos y la ambición del comisario del puerto acaban por enfrentarse a todos y a sacar lo mejor y peor de cada uno. Lo más interesante es cómo de caracteres tan pobres, grandes solamente por su común pasado de delincuentes, Uribe ha logrado crear una complejidad de conflictos que enriquecen el desarrollo del relato. Sin que falte en ningún momento el humor, la isla, el buque, y sobre todo, el océano, van adquiriendo una poderosa dimensión, intensificada por la necesidad de huir y por la forma en que van encontrando la muerte. En los últimos capítulos Uribe da la sensación de no poder dar una respuesta narrativa a este infierno, pero si se va diluyendo el relato es precisamente para subrayar el significado del nombre de buque y la presencia del mar. El omphalo representa el centro u ombligo del mundo, como lo es, en el *Ulises* de Joyce, para Buck Mulligan (“La mar es nuestra gran madre dulce”) y para Dedalus. Y si en ellos Martello Tower es su edípico ombligo, también lo será, para Torres, su barco. |

